

DOMINGO DE RAMOS
Y SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

HOMILÍA DEL SR. CARDENAL MARIO A. POLI
BASÍLICA SAN JOSÉ DE FLORES
-19 de Marzo de 2016-

LA JUSTICIA DE JOSÉ

Es conocido que San Mateo tiene también un Evangelio de la infancia de Jesús, precedido de una genealogía que comienza con Abraham y concluye así: «Jacob fue padre de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo» (1,16). José es el último eslabón de la descendencia de David, en quien descansaba el cumplimiento de las Promesas que anunciaban al Mesías. De esta manera, Dios Padre preparó una historia de salvación que alcanza su cumplimiento cuando una Virgen lo concibe en su seno por obra del Espíritu Santo (1,18). El mismo Evangelio nos narra detalles asombrosos sobre los comienzos de la encarnación y las maravillas que siguieron a la presencia del Mesías «perseguido». Desde el primer capítulo, Mateo nos anticipa quién es Jesús, llamándolo: «Hijo de David»; «Hijo de Abraham o de Israel»; «Emmanuel o Hijo de Dios»; «Salvador»; «Mesías perseguido»; «Nazareno». En el texto que nos brinda la liturgia de la Palabra hemos escuchado una doble «anunciación»: la de María –más breve que la que nos cuenta San Lucas–, y la que tiene al Carpintero de Nazaret por destinatario, de quien nadie podría sospechar sus raíces regias, bajo las apariencias de un humilde trabajo honrado: pero todo se revela cuando el Ángel le habla en sueños y lo llama «José, Hijo de David» (1,20).

Mateo, en breves palabras, relata la encarnación del Verbo de Dios: «Este fue el origen de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo». El texto no nos cuenta cómo la noticia llegó a sus oídos –la gente es mala y murmura...–, pero inmediatamente nos dice que «José, su esposo, que era un **hombre justo** y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto» (1, 19).

¿Cómo puede entenderse la justicia obrada por José en estas circunstancias?

El enojo de José y su decisión de repudiarla en secreto puede entenderse de dos maneras. O bien José, después de enterarse del estado de María grávida, desconoce el misterio de la maternidad que esconde su comprometida, o bien, frente al misterio de Cristo, Don de Dios, no termina de entender el lugar de su paternidad legal para garantizar el cumplimiento de las promesas anunciada por los profetas: que el Mesías debía descender de la Casa de David.

Muchos Padres de la Iglesia quisieron interpretar la actitud de San José, como por ejemplo San Efrén el sirio, diácono y Doctor de la Iglesia, quien enseñaba que «María insistía en persuadir a José, que su concepción era del Espíritu Santo, pero éste no asintió, porque era una cosa insólita. Como quien viese el rostro de ella se-

reno, pero grávido su vientre, pensó, de acuerdo a su justicia, no la denunciaría, y para que no fuese calumniada, decidió abandonarla ocultamente, porque no era testigo del pecado de ella, y no conocía de dónde procedía su concepción» (*Diatessaron*).

¡Qué varón noble que es San José! Pese a la evidencia de ver a su esposa embarazada, el judío observante de la Ley como lo era José, obra según su conciencia y sorprende con su modo de actuar, con un gesto inusual: se retira en silencio, guardando en su interior un juicio que no se anima a pronunciar. El misterio le pasó por encima, pero no pudo anular la virtud de su bondad. El esposo de María no quiso presentarla a la publicidad de los medios de la época. Cuando San Bernardo se preguntaba en sus homilías: «¿Por qué quiso dejar a María?», respondía que: «José decidió hacerlo en secreto, para que nadie indagase la causa del divorcio y se exigiese la razón del mismo. Con razón, pues, este varón justo, por no verse obligado a mentir o a infamar a una inocente, quiso dejarla ocultamente» (*Homilía* n.º 14).

La bondad en José precedió a su justicia, cumpliendo la ley en su forma exterior, pero actuando en secreto, porque no quiso difamar a María, sencillamente, porque la amaba. En él, la justicia se convierte en bondad, acto que no concierne inmediatamente al plan de Dios, porque lo desconoce, ni a la Ley, la que ha observado con piedad toda su vida, sino a María. Esa virtud se convertirá en servicio incondicional al plan de Dios y en castidad, para cumplir su misión al lado de la Virgen, quien lo precedió en adherirse a la voluntad de Dios.

Y porque el bondadoso y justo José fue virtuoso, aun en la amargura y el desconsuelo, su silencio le valió intervenir en el misterio de la encarnación, al lado de su esposa. Así, José, fue testigo delicado y contemplativo de cómo «el vientre de María cedía a la presión del misterio.» (José Pedroni: *Poema de las nueve lunas*). Así comenzó el artesano, judío piadoso y justo, a transitar el camino que lo llevó de ser observante de la Ley, a convertirse en fiel discípulo de su hijo Jesús.

El sueño durante el cual José recibe el anuncio del Ángel vino a dar luz a su conciencia atormentada. ¿Quién le da crédito a un sueño? Los sueños, sueños son. Sin embargo, en el corazón y la voluntad de José producen un eco notable. Él creyó porque el contenido de lo soñado coincidía con las expectativas sobre el Mesías, esperanza del pueblo de Israel: nacerá quien «salvará a su pueblo de todos sus pecados». Poner el nombre a Jesús y volver al lado de María fueron las órdenes del Ángel que encontró en la obediencia de José un cumplimiento sin demora. Se acabaron las dudas, y desde ese momento comienza el camino de un padre, que sin serlo en el orden natural, asumió todas las obligaciones de una responsable paternidad, como si lo fuera.

Muchas veces hablamos del hombre del silencio y del trabajo honrado para referirnos a José de Nazaret. No son solo valores humanos, o aptitudes, sino verdaderas virtudes que coronan su personalidad de hombre justo y fiel. El plan de Dios le concedió un tercer plano en la Sagrada Familia, y sin pretender grandezas que superen su capacidad (cfr. *Salmo* 131), el que hizo las veces de padre se echó al hombro el cuidado de su pequeño hogar, contemplando, junto a María, cómo su

amado «Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (2, 52).

«Hoy hay suficientes motivos para encomendarnos a su poderosa intercesión», enseñaba San Juan Pablo II; y no hay que dudar de acudir a él, suplicándole como lo hacía Santa Teresa de Jesús: «Glorioso Patriarca San José, ya que todo lo consigues cerca de Jesús y de María, muestra que tu bondad iguala a tu poder. Ampáranos con tu auxilio paterno y bendícenos».

Servir y desaparecer en silencio fue su humilde ministerio.